

**¿IMPERIO O IMPERIALISMO?**  
**GLOBALIZACIÓN, CRISIS DE HEGEMONÍA Y SUEÑOS DE DOMINACIÓN<sup>1</sup>**  
Abril Trigo

En unas charlas sobre filosofía de la historia que diera allá hacia 1830 Georg W. Hegel, en las cuales destilaba el ethos ordenador de la civilización universal ejercida por la Europa moderna, decía: “The German Spirit is the Spirit of the new World. Its aim is the realization of absolute Truth as the unlimited self-determination of Freedom –that Freedom which has its own absolute form itself as its purport” [Hegel 1956, 341]. Casi 200 años más tarde proclama George W. Bush, ungido ya un “American Caesar”, en *The National Security Strategy of the United States of America*, documento que condensa en forma doctrinaria violentas transformaciones en la geopolítica mundial: “The great struggles of the twentieth century between liberty and totalitarianism ended with a decisive victory for the forces of freedom –and a single sustainable model for national success: freedom, democracy, and free enterprise [...] These values of freedom are right and true for every person, in every society –and the duty of protecting these values against their enemies is the common calling of freedom-loving people across the globe and across the ages” [Bush 2002].

Resulta sin duda perturbador el tono absolutista y fundamentalista de ambos discursos, así como la convicción providencialista que sería posible rastrear en San Agustín y su idea de la historia mundial como una historia de la salvación, noción que justificara desde las cruzadas contra los musulmanes hasta la conquista del Nuevo Mundo y la conversión compulsiva de sus habitantes a la verdad cristiana, o desde la expansión mercantilista e imperialista europea de siglos posteriores, incluyendo, claro está, la trata de esclavos, hasta la formación del imaginario nacional norteamericano, de Jefferson y Washington en adelante [Longley 2002]. La pregunta es,

¿cómo explicar la persistencia de este tipo de retórica –ni que hablar de las ideas- a comienzos del tercer milenio, una vez concluido, aparentemente, el convulso siglo XX, y luego de haber pasado por la tumultuosa marejada de escepticismos, desconstruccionismos, cinismos y nihilismos posmodernos que conmoviera los cimientos mismos de la modernidad en la década de los 80 para culminar en la apoteosis del libertinaje bursátil de los 90? En otras palabras, ¿cómo interpretar el reordenamiento geopolítico mundial y el violento giro militarista en la política norteamericana con posterioridad al 11 de setiembre?

### **Para interpretar los acontecimientos**

Pese a la absoluta parálisis en que cayeran los liberales y a la confusión que, mezclada con horror y pesadumbre, se posesionara de una izquierda que apenas comenzaba a recuperarse de la crisis ideológica de los 80 en torno al movimiento contra el neoliberalismo y la globalización, se ensayaron diversas interpretaciones que podríamos clasificar en tres categorías. En primer lugar, las interpretaciones psico-políticas, según las cuales la “guerra contra el terror” constituiría una reacción defensiva y paranoica de un país atrapado en la paradoja de la omnipotencia y la vulnerabilidad, reacción que, de paso, permitiría obtener el consenso unánime de una población aterrorizada y consolidar un régimen de dominación sustentado, en gran medida, en la administración de la paranoia como dispositivo de control. Pero esta manipulación del terror permitiría además un ataque frontal a las libertades individuales y cívicas, como resulta evidente en las limitaciones a la libertades de movimiento y de expresión, así como otras disposiciones que amplían desmesuradamente los poderes de vigilancia y represión introducidos en la “Patriot Act” [ver *The National Strategy for Homeland Security* y los artículos de Marable, Bussolini, Ratner y Robin, en Aronowitz y Gautney 2003].

En segundo lugar, las interpretaciones respecto a la índole ideológica de franco corte fascista del equipo gobernante, y aquí por cierto adquieren importancia las revelaciones en cuanto a la existencia de un plan de dominación mundial que se viene elaborando desde los 70 por ideólogos como Richard Perle y Richard Pipes, vinculados al nefando Team B que asesorara a Bush padre durante su pasaje por la CIA, y luego en los 80 por Dick Cheney, Paul Wolfowitz, Colin Powell y otros, cuando se avecinaba el derrumbe de la Unión Soviética y el primero de estos era Secretario de Estado de Bush padre. El plan, que comienza a cobrar forma en el “Defense Planning Guidance”, documento del Pentágono de 1992 cuyo propósito visible era preservar un aparato militar que se quedaba sin potenciales enemigos que le justificaran, propugnaba en cambio una estrategia de dominación global que permitiera “prevent the emergence of a vacuum or a regional hegemon” y “deter any challenger from ever dreaming of challenging us on the world stage”, como sostenía con ostensible arrogancia Powell en declaraciones frente al Congreso, agregando “I don’t think we should apologize for that” [Armstrong 2002, 78 y 79]. En este documento estaría el origen de la doctrina del ataque preventivo, que incluía ya la utilización de armas nucleares, químicas o biológicas con fines ofensivos, el uso de una fuerza arrolladora, el desarrollo de un sistema de defensa anti-misiles y la abrogación del derecho a iniciar acciones militares, en cualquier instancia y lugar, unilateralmente. Todos estos puntos serían luego reelaborados en “Rebuilding America’s Defenses”, documento publicado en el año 2000 por el Project for a New American Century, think-tank financiado por fundaciones de derecha, compañías energéticas y el complejo industrial militar, y en el cual se sostiene que “[t]he challenge of this coming century is to preserve and enhance this 'American peace' ” y luego añade que lamentablemente se precisará "some catastrophic and catalyzing event -like a new Pearl Harbor" para hacer estos objetivos

posibles (PNAC 2000; McDaniels 2003). Bin Laden se encargaría de hacer sus sueños realidad, pues como ha dicho William Bristol, fundador del Project, “It is a positive sign when the American people are prepared to go to war” [citado por Golub 2003].

Por último, las interpretaciones marxistas clásicas, que atienden a la composición social y a los intereses económicos involucrados en la lucha por el poder político. Aquí importa señalar el reemplazo de figuras vinculadas a los sectores financieros, que ejercieran notable influencia durante la presidencia de Clinton, por representantes directos del sector energético, del acero y de las industrias con intereses en la producción armamentista [Aronowitz 2003, 190-1].

### **Una hegemonía en crisis**

Al margen de su validez hermenéutica, lo que ninguna de estas interpretaciones explica es qué relación existe entre la actual estrategia militarista y unilateralista de Bush con la estrategia económica y multilateralista de Clinton, que buscara consolidar un sistema hegemónico basado en la nueva economía ratificada en el Consenso de Washington, en la promoción del neoliberalismo como ideología y estilo de vida, en la implementación de tratados comerciales bilaterales y regionales, en la amplia utilización de los organismos internacionales de gobierno mundial, bajo el control de Estados Unidos, y en puntuales intervenciones militares de carácter disciplinario amparadas por la legitimidad internacional de las Naciones Unidas o la OTAN. Sin pretensión de poseer la respuesta definitiva a este problema, pienso que las interpretaciones arriba reseñadas, por disímiles que parezcan, no son precisamente incompatibles, sino complementarias. ¿Qué tiene de extraño que un equipo ideológicamente motivado se encuentre de pronto con las condiciones macroeconómicas y geopolíticas propicias para llevar adelante un proyecto diseñado en otras circunstancias? Vale de paso señalar también

que todos coinciden en subrayar un quiebre, el reemplazo de un sistema de hegemonía basado en la expansión económica y el consenso político por un sistema de dominación que privilegia el chantaje militar y una retórica fuertemente ideológica.

¿Estamos entonces frente a la crisis de un modelo hegemónico instalado en los 90 capitalizando el derrumbe del bloque soviético o estamos frente a cambios atribuibles al delirio imperial de una banda de ideólogos fascistoides? No sabría responder, porque pruebas de lo segundo abundan, pero indicios de la crisis, o mejor dicho, indicios de que el consenso mundial en torno al nuevo régimen de acumulación capitalista plasmado en la globalización y su correlativo modo de regulación socio-política neoliberal no era precisamente unánime también existían. El desarrollo vertiginoso del movimiento de protesta contra la globalización es prueba de ello. De Seattle a Génova, desde el encuentro organizado por los zapatistas en la selva Lacandona hasta los foros sociales mundiales reunidos en Porto Alegre, lo que comenzara como una reacción de protesta casi espontánea fue convirtiéndose en un verdadero movimiento anticapitalista, como se alertaba desde las páginas del *Financial Times*: "...this is counter-capitalism. The new wave of political activism has coalesced around the simple idea that capitalism has gone too far. It is as much a mood as a movement, something counter-cultural. It is driven by the suspicion that the companies, forced by stock markets to strive for ever greater profits, are pillaging the environment and failing to enrich the poor as they promised" [Harding 2001].

Los ataques del 11 de septiembre son el corolario de un profundo, difuso y creciente malestar extendido en todo el mundo entre los excluidos, explotados o alienados por la globalización, es decir, por la inmensa mayoría de la población mundial, los descontentos con la globalización, dijera Stiglitz [2002], a la cual la nueva estrategia de Bush y compañía se propone

incorporar a las buenas o a las malas. Ellos son esas “shadowy networks of individuals [which] can bring great chaos and suffering to our shores for less than it costs to purchase a single tank. Terrorists [...] organized to penetrate open societies and to turn the power of modern technologies against us [and] rogue nations who harbor terrorists” [Bush 2002]. Estos pueblos y países, plagados por regímenes brutales, pobreza endémica y otros conflictos que incuban nuevas generaciones de terroristas, constituyen el agujero no integrado (Non-Integrating Gap) a los beneficios de la globalización. En la medida que en un mundo global “disconnectedness defines danger”, estos pueblos y países, que cubren todo el Caribe y los países andinos, casi todo África, los Balcanes, la región del Cáucaso y Asia central, el Medio Oriente y casi todo el sur de Asia, son declarados, explícita o implícitamente, los enemigos geopolíticos potenciales de la globalización, a la cual deberán ser integrados a las buenas o a las malas porque “a country’s potencial to warrant a U.S. military response is inversely related to its globalization connectivity“. De ahí que la estrategia consista en “identifying the problem parts of the world and aggressively shrinking them” [Barnett 2003]. El eje conceptual de la militarización del área andina, por ejemplo, consiste en identificar a las organizaciones guerrilleras con el terrorismo y el narcotráfico de giro transnacional [Bush 2002, 10].

Pero las dificultades para mantener la frágil hegemonía del modo de regulación neoliberal lograda en los 90 tienen un carácter, digamos, más estructural. Evocando terminología de otros tiempos podríamos decir que, en su momento de mayor esplendor, cuando parece subsumir, incontenible, los más mínimos reductos de la naturaleza y los más íntimos aspectos de la vida cotidiana, cuando parece haber triunfado sobre todo otro modo de producción social, cuando no hay nada que se le oponga, que lo frene, que ponga límites a su expansión, el capitalismo revela una vez más, debidamente acentuadas, las contradicciones internas que le minan desde sus

orígenes. No se trata solamente de que la acumulación de capital durante los 90, la edad de oro de la globalización y una de las décadas más gloriosas en la historia de la expansión capitalista, fuera apenas una burbuja con escaso asidero en la economía real, es decir, en la producción y el consumo de bienes. La especulación, el fraude y la estafa descarada que estallaron en los pronto olvidados escándalos de Enron, Worldcom y Anderson, son excesos lógicos y naturales del capitalismo desbocado y sin freno, es decir, librado a su autorregulación mediante la oferta y la demanda. En tales circunstancias se vuelve aún más delgada la distinción entre la plusvalía y el robo, entre la explotación y la piratería. La sustitución del clásico régimen de producción fordista por un régimen flexible de producción y de empleo regulado por la ley de hierro de la reducción de costos de producción condujo a la hegemonía incuestionable de los sectores financieros del capital transnacional, con el consecuente debilitamiento relativo en los Estados Unidos de sectores industriales clásicos, no sólo aquellos que aun utilizan un alto componente de mano de obra poco calificada, como textiles, calzado, alimentos, sino también sectores antiguamente considerados estratégicos, como el automotriz y el energético, que se han reconvertido al sistema de maquila o han perdido su superioridad tecnológica respecto a otros sectores dentro y fuera de los Estados Unidos. Como sostiene Samir Amin, entre otros, el aparato productivo norteamericano está lejos de ser el más eficiente del mundo, y por el contrario, muy pocos de sus sectores podrían competir exitosamente en un mercado verdaderamente libre con los irrisorios – si no trágicos- costos de producción de China, con la eficiente maquinaria productiva coreana y japonesa, con la tecnología biogenética y aeroespacial europea, con los productos agrícolas y ganaderos de América Latina. A pesar de mantener protegido mediante tarifas y otras prácticas de dumping el sector de agri-business que de paso aniquila la producción agrícola autosostenida en África y otras partes del mundo, el déficit comercial aumentó entre 1989 y 2000 de unos

100.000 millones de dólares a 450.000 millones de dólares anuales [Amin 2003]. De hecho, los únicos sectores en los cuales Estados Unidos demuestra tener una ventaja comparativa a nivel mundial son la industria cultural, la industria armamentista y el sector financiero. Mientras el mundo produce, los Estados Unidos, cuya moneda carece de la garantía en oro o en otras divisas que todavía se exige a otros países, inundan el mundo de dólares... y consumen. O mejor dicho, mientras los sectores excluidos de los beneficios de la globalización, cuyo trabajo es barato, producen, los sectores cosmopolitas, cuyo trabajo es caro, consumen; mientras los países en la periferia exportan hasta su sangre para obtener los dólares con los que pagar el servicio de la deuda externa y ahorrar, si pueden, reservas con las cuales proteger el valor de su moneda y prevenir ataques especulativos a sus frágiles economías, el Departamento del Tesoro emite incontroladamente, empujando hacia abajo el valor de los dólares que tanto cuesta a aquellos ganar. Cuanto mayor la presión del mercado trasnacional contra una moneda y una economía, tanto mayor la necesidad de su banco central por adquirir dólares para sostenerla, contribuyendo así a la reproducción de un sistema basado en la necesidad de preservar la fortaleza del dólar. Muchas naciones ya no comercian para lograr ventajas comparativas sino para obtener los dólares necesarios para el servicio de la deuda externa y para evitar la bancarrota de sus sistemas financieros internos, como ocurriera a la Argentina. En esto consiste la hegemonía mundial del dólar, que se sustenta en la circunstancia macroeconómica de que el mundo está inundado de dólares (la acumulación de capital y el ahorro de todos los países está ligado a la tenencia de dólares; más del 80 por ciento de las transacciones mercantiles y financieras mundiales se denominan en dólares) y en la coerción geopolítica del poder, en última instancia militar, norteamericano. Se trata de un perverso sistema basado sencillamente en la rapiña y el chantaje; en la generalizada globalización de la pobreza que, paradójicamente, alimenta la riqueza

acumulada por minorías, como sostiene Chossudovsky [1997], y en el giro obligado de una moneda carente de respaldo económico, que termina siempre recapitalizando las economías centrales y financiando un bochornoso déficit fiscal, un déficit comercial casi crónico, una economía improductiva y una sociedad sin capacidad ni voluntad de ahorro, que se endeuda e hipoteca por generaciones y consume desenfrenadamente.

### **¿Una solución geopolítica a un desafío macroeconómico?**

¿Qué ocurriría en la hipotética situación de que los países de la OPEP decidieran reconvertir sus reservas y la moneda estándar para las transacciones petroleras del dólar al euro, como hiciera Irak en el año 2000 y como se rumoreara en los pasillos de la Unión Europea? El tema fue tratado con guante blanco por Javad Yarjani, director del departamento de estudio de mercado de la OPEP en Oviedo, España, quien en abril de 2002, entre otras cosas, decía: “In the short-term, OPEC MCs, with possibly a few exceptions, are expected to continue to accept payment in dollars. Nevertheless, I believe that OPEC will not discount entirely the possibility of adopting euro pricing and payments in the future [...] It is quite possible that as the bilateral trade increases between the Middle East and the European Union, it could be feasible to price oil in euros considering Europe is the main economic partner of that region” [Yarjani 2002]. Un mismo giro hacia el euro era fácil percibir entre los pequeños ahorristas en diversos países de América Latina, y vale recordar que otros importantes actores económicos, como China y Rusia, consideraban seriamente por entonces un cambio similar. Esta es la pregunta que activa una de las interpretaciones más perspicaces acerca de las causas de la guerra contra Irak, interpretación según la cual el verdadero objetivo de la misma habría sido restablecer el control de la producción y las reservas iraquíes, mantener la hegemonía geopolítica y militar norteamericana

en la región y bloquear la conversión al euro de la OPEP y otros países productores de petróleo, evitando así la posible fractura de la hegemonía mundial del dólar. En otras palabras, el propósito de la guerra habría sido preservar la hegemonía financiera del dólar más que imponer el control directo de las fuentes de petróleo [Indymedia 2003; Harris 2003].

### **La abrumadora responsabilidad de ser Imperio**

Una de las interpretaciones más audaces y provocativas de los procesos de globalización en haber surgido desde posiciones de izquierda con posterioridad a la caída del bloque socialista es, sin lugar a dudas, la propuesta por Michael Hardt y Antonio Negri de que estaríamos presenciando el advenimiento, por primera vez en la historia de la humanidad, de un Imperio mundial: “Along with the global market and global circuits of production has emerged a global order, a new logic and structure of rule –in short, a new form of sovereignty [...] composed of a series of national and supranational organisms united under a single logic of rule. This new global form of sovereignty is what we call Empire” [Hardt y Negri 2000, xi-xii]. ¿Qué relación guardaría el Imperio con la frágil hegemonía global de los 90? ¿Y con el régimen de dominación que le sucede? ¿Implicaría la crisis del modelo hegemónico neoliberal la crisis del Imperio y su regresión a prácticas imperialistas, o su cabal realización? Y de ser lo primero, ¿se trataría de una crisis transitoria o definitiva?

Si bien, claro está, sería deseable esto último, la pregunta en realidad carece de respuesta, porque sus premisas son falsas. Indudablemente el Imperio, tal cual es definido por Hardt y Negri, implica un régimen basado en el más unánime consenso, un sistema de perfecta, absoluta, total hegemonía cuyo reemplazo por un sistema de dominación representaría una suerte de regresión. Por ello

The concept of Empire is characterized fundamentally by a lack of boundaries: Empire's role has no limits. First and foremost, then the concept of Empire posits a regime that effectively encompasses the spatial totality, or really that rules over the entire 'civilized' world. No territorial boundaries limit its reign. Second, the concept of Empire presents itself not as a historical regime originating in conquest, but rather as an order that effectively suspends history and thereby fixes the existing state of affairs for eternity [Hardt y Negri 2000, xiv].

En una palabra, la idea de Imperio implica la resolución de todos los conflictos, una paz eterna y definitiva, la verdad absoluta, una inmanencia universal, el fin de la historia, lo que explica su enorme atractivo ideológico, acentuado por el ambiguo manejo que Hardt y Negri hacen de él, pues ¿es el Imperio que se piensa así a sí mismo o el Imperio es efectivamente así? Y la prueba, no importa cuán indirecta, de que la idea toca las fibras más profundas del imaginario social y el "American dream" está en la resonancia que tuviera la publicación de *Imperio* en medios no precisamente académicos, como las notas a toda página en ediciones dominicales de *The New York Times* o entrevistas televisivas en programas periodísticos culturales como el de Charlie Rose. Pero ¿no sería la tesis del Imperio una idea banalizada y, además, ya caduca en relación a los acontecimientos (como el mismo Negri admite sin especificar en qué habría esta caducado) y cuya contribución habría sido proporcionar un nuevo relato con el cual pensar el nuevo orden global capitalista en tiempos de crisis? [Negri y Zolo 2002, 1].

Uno de los puntos centrales de la tesis de Hardt y Negri consiste en distinguir el Imperio, que refiere al nuevo orden global, caracterizado por la desaparición progresiva del estado nación, del imperialismo clásico, correspondiente a la fase moderna del capitalismo industrial y caracterizado por el papel protagónico de los estados nacionales: "The full realization of the world market is necessarily the end of imperialism" [Hardt y Negri 2000, 333]. Lo único que restaría de los estados nacionales bajo la globalización serían sus estructuras formales, pues el

mundo estaría hoy gobernado por un sistema político descentralizado y desterritorializado desprendido de toda tradición, imaginario o memoria étnico-nacional. Es un error, por ende, e insisten en este punto, identificar el Imperio o ningún proyecto imperial con los Estados Unidos o ninguno de sus aliados, pues el Imperio, que “es el límite hacia el cual los instrumentos del capital global ya efectúan avances concretos”, es más vasto y poderoso que ningún estado o nación, al punto que “los mismos Estados Unidos están sujetos (o forzados a dialogar y/o contestar) a estructuras económicas y políticas distintas a sí mismos [y] se verán forzados en poco tiempo a dejar de ser imperialistas y reconocerse a sí mismos en el Imperio” [Negri y Zolo, 2003, 4-7].

Indudablemente, el propósito de Hardt y Negri, aun cuando no resulte esto tan claro y muchas veces la noción de Imperio se diluya, como anota Zolo, en una suerte de “categoría del espíritu”, es apuntar al capital transnacional como fuente y sustancia del sistema de dominación y evitar la confusión, de evidentes consecuencias políticas, del orden global neoliberal con tal gobierno o cual país en particular, reduciendo de tal modo el alcance político del concepto [Hardt y Negri 2000, 138]. Pero los problemas que acarrea esta insistencia posmoderna de Hardt y Negri en sostener la irrelevancia actual de los estados nacionales –a pesar de que analizan con acierto como el posmodernismo y el neoliberalismo responden a la misma lógica del capital [146ss]- pueden tener consecuencias muy serias.

En primer lugar, es más que discutible que los estados nacionales constituyan una categoría histórica perimida, como ellos sostienen. Las pruebas en contrario abundan, y no me refiero solamente al resurgimiento de un nacionalismo feroz y una política francamente imperialista en los Estados Unidos con posterioridad al 11 de setiembre. Las escaramuzas diplomáticas en las Naciones Unidas en torno al tema iraquí, la defensa nacionalista del

internacionalismo liderada por Alemania, Rusia y Francia, todos ellos ex-potencias coloniales, evocan las luchas imperialistas de otras épocas; el frente común del Grupo de los 21 que, liderados por Brasil, hiciera trastabillar la reunión de la OMC en Cancún, son otra prueba. Podría estar de acuerdo con que “la actual ideología y práctica imperialistas del gobierno de Bush están manteniendo un rumbo de colisión con otras fuerzas capitalistas que, a nivel global, trabaja para el Imperio”, y comparto plenamente la idea de que el “antiamericanismo es una actitud débil y mistificante” que “no comprende que los Estados Unidos se hallan insertados en el mercado global tanto como Italia y Sudáfrica, y que la política de Bush es fuertemente minoritaria dentro de la aristocracia global del capitalismo multinacional” [Negri y Zolo 2003, 5]. Pero nuestros autores no parecen comprender el grado de verdad (subjetiva) contenido en el error (objetivo) de la postura “antiamericanista”, ni la responsabilidad, cuando no complicidad, que le atañe a la población norteamericana al condonar, en alarmante unanimidad, políticas externas que difícilmente admitiría en el plano nacional. “¿Por qué a nosotros?”, fue la pregunta, falaz, que se formuló la sociedad norteamericana a través de los medios a raíz del 11 de setiembre. Y falaz, digo, porque revela una ingenuidad que de haber sido honesta habría demandado un debate franco y hasta el hueso que hubiera producido alguna respuesta, cualquiera, no importa, pero también honesta, nunca la inconvincente letanía del “porque nos odian”, hecha luego doctrina de la seguridad nacional: porque rechazan “basic human values and hate the United States and everything for which it stands” [Bush 2002, 14].

Aun cuando estoy totalmente de acuerdo con que Estados Unidos no actúa en función de sus propios motivos nacionales sino en el nombre de un derecho mundial, ¿qué sentido tiene sostener que sus intervenciones militares son reclamadas por una situación mundial que demanda la existencia del Imperio sin especificar quiénes ni desde dónde hacen ese llamado? ¿No resulta

equivoco decir que no debe confundirse a los Estados Unidos con el Imperio para luego sostener que en la misma constitución norteamericana está inscrito el proyecto imperial, no imperialista, y que su tendencia democrática expansiva, basada en la inclusión y en el consenso, se diferencia de cualquier modalidad de expansionismo, pues no busca anexar ni destruir las fuerzas que se le enfrentan, sino, por el contrario, abrirse a ellas para incluirlas en su seno? ¿Cómo tomar en serio la afirmación de que la expansión imperial –ya sea de Estados Unidos o de la globalización- no tiene nada que ver con la conquista, el pillaje, el genocidio, la colonización y la esclavitud? [Hardt y Negri 2000, 182 y 166-7] Esta posición no solamente conlleva una mistificación del sistema político, económico y social norteamericano (¿qué quiere decir que “Estados Unidos está sujeto a estructuras económicas y políticas distintas a sí mismo”), sino, más grave aún, a sostener a capa y espada que el capitalismo puede realmente desprenderse de su uso instrumental de la estructura jurídico-institucional del estado-nación, error conceptual de enorme magnitud que termina mistificando, paradójicamente, el sistema capitalista que pretenden exponer.

Si aceptamos esto nos conformaremos con luchar contra los excesos imperialistas de un equipo de criminales o dementes, confiando en que las fuerzas ocultas pero en última instancia benévolas del Imperio acabarán por imponerse. Podríamos incluso promover las bondades del consenso de Washington, la bonhomía clintoniana y el progresismo de Blair y del Third Way (hegemonía neoliberal y guerras locales de baja intensidad). Llegaremos a la conclusión, tan simplista como peligrosa, de que el imperialismo y el militarismo son tan malos como el Imperio y la globalización beneficiosos. Una vez más, el capitalismo desaparece del horizonte y hasta del discurso, como en las casi quinientas páginas de *Empire*, al punto que a veces queda la duda de si se trata de ingenuidad, ignorancia o mala fe, como cuando preguntan “¿Qué significado tiene hoy la capacidad potestativa del Estado, ante la *lex mercatoria*, es decir, esa modificación sustancial

de la ley privada internacional donde con seguridad son firmas legales y no los Estados-nación, los legisladores?”, o cuando afirman que “el alargamiento de las perspectivas de vida y el enriquecimiento de la vida moral e intelectual de los trabajadores me parece algo bueno. Es aquí donde se propone al Imperio como algo bueno en sí” [Negri y Zolo 2003, 9], como “a step forward in order to do away with any nostalgia for the power structures that preceded it and refuse any political strategy that involves returning to that old arrangement, such as trying to resurrect the nation-state to protect against global capital” [Hardt y Negri 2000, 43]. En todo caso, la mistificación de la globalización capitalista es flagrante, y si bien es verdad que la barbarie absoluta del estado-nación culmina en Auschwitz, el Imperio -¿como el imperio romano debería agregar?- es impensable si no íntimamente entroncado a una estructura macro-estatal, a una estructura de dominación imperial.

Esto nos trae a la concepción casi mística del Imperio, que acaba por mistificar la globalización y el capitalismo. Esto es fácil de observar en la insistencia de que al facilitar la emergencia del poder constituyente de la multitud –concepto escurridizo, deliberadamente metafórico- el Imperio conduciría a un régimen más democrático donde florecerían la creatividad y las libertades, cuyo modelo, curiosamente, es la democracia norteamericana y la globalización: “globalization, insofar as it operates a real deterritorialization of the previous structures of exploitation and control, is really a condition of the liberation of the multitude” [Hardt y Negri 2000, 52]. En su afán por desprenderse de la dialéctica histórica marxiana caen en un error filosófico de primera magnitud y de enormes ramificaciones políticas que consiste en entender al Imperio como una totalidad absoluta, sin fisuras ni exterior, una totalidad completa, envolvente y autosuficiente que al subsumir todo en el espacio liso del mercado capitalista mundial resuelve todos los conflictos y acaba, por ende, con la historia. En consecuencia: “The Other that might

delimit a modern sovereign Self has become fractured and indistinct, and there is no longer an outside that can bound the place of sovereignty. The outside is what gave the crisis its coherence. Today it is increasingly difficult for the ideologues of the United States to name a single, unified enemy; rather, there seem to be minor and elusive enemies everywhere” [Hardt y Negri 2000, 189]. Los hechos mismos se han encargado de responder: una vez liquidado el afuera comunista, luego de una década de irresolución, el Imperio se encargó de exteriorizar a los enemigos que se habían quedado adentro. Negri y Hardt se desprendieron de la dialéctica histórica pero se quedaron con la teleología marxista.

Es indudable que el capitalismo tiende hacia la subsunción más absoluta de la vida social, como la globalización lo prueba, pero la globalidad es un horizonte política y económicamente imposible del mismo modo que cualquier totalidad es filosóficamente no-totalizable. No existe totalidad sin un afuera como no existe un imperio sin bárbaros más allá de sus fronteras. El capitalismo, en cuya esencia está la necesidad de expansión constante, requiere, evidentemente, de un afuera hacia donde expandirse, de un espacio a conquistar que de no existir debe, necesariamente, ser creado, recurriendo si es preciso a la autodestrucción. Un espacio no necesariamente geográfico, por cierto. Todo esto es muy sabido [Trigo 1997 y 2003]. Claro está, Hardt y Negri postulan al Imperio no como una realidad actual sino como un proceso de constitución en marcha, un límite hacia una nueva soberanía, un horizonte teleológico, una utopía semejante al fin de la historia que guarda un notable parentesco con la teoría evolutiva del desarrollo del capitalismo prevalente en la Segunda Internacional, fundamento de las políticas reformistas y en última instancia colaboracionistas de la socialdemocracia alemana contra las cuales se alzaron Lenin, Liebknecht y Luxemburg y que suscitaron la prolífica producción teórica marxista sobre el imperialismo. Resumida en forma por demás rudimentaria, dicha teoría

evolutiva del desarrollo del capitalismo sostenía que la misma acumulación, concentración y expansión del capital llegaría a un punto en el que habiendo penetrado todos los rincones del mundo, habiéndose apropiado de todas las fuentes de materias primas y habiendo subsumido por completo la esfera del trabajo, conformaría gigantescos conglomerados financieros que, ante la eventualidad de un enfrentamiento con la fuerza laboral organizada, se transmutaría en “capitalismo organizado”, un capitalismo racional que eliminaría la competencia, otorgaría reformas sociales a las clases asalariadas y establecería un régimen democrático y estable regulado por un estado distribuidor. La estrategia socialdemócrata, en consecuencia, consistía en acumular fuerzas (organización y fortalecimiento del movimiento obrero y sindical) y esperar que el capitalismo se reformara por sí solo ante la amenaza de la revolución social. En forma similar, dicen Hardt y Negri: “One might even say that the construction of Empire and its global networks is a response to the various struggles against the modern machines of power, and specifically to class struggle driven by the multitude’s desire for liberation. The multitude called Empire into being”, y luego: “These international cycles of struggles were the real motor that drove the development of the institutions of capital and that drove it in a process of reform and restructuring. Proletarian, anticolonial, and anti-imperialist internationalism [...] anticipated and prefigured the processes of the globalization of capital and the formation of Empire [...] are demonstrations of the creativity of desire , utopias of lived experience, the workings of historicity as potentiality” [Hardt y Negri 2000, 43 y 51-2].

Este es el meollo del debate entre la dirigencia de la Segunda Internacional y los sectores radicales en torno a la relación entre las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas, debate en el cual aparece la cuestión, mencionada más arriba de la fase imperial del capital. Escribía Rosa Luxemburg en 1913:

With the high development of the capitalist countries and their increasingly severe competition in acquiring non-capitalist areas, imperialism grows in lawlessness and violence, both in aggression against the non-capitalist world and in ever more serious conflicts among the competing capitalist countries. *But the more violently, ruthlessly and thoroughly imperialism brings about the decline of non-capitalist civilisations, the more rapidly it cuts the very ground from under the feet of capitalist accumulation. Though imperialism is the historical method for prolonging the career of capitalism, it is also a sure means of bringing it to a swift conclusion.* This is not to say that capitalist development must be actually driven to this extreme: *the mere tendency towards imperialism of itself takes forms which make the final phase of capitalism a period of catastrophe.* [Luxemburg 2003, 426-7; my italics]

El imperialismo, sostiene Luxemburg, forma parte de la lógica expansiva y acumulativa del capital, pero, por lógica que sea, no basta para resolver las contradicciones internas que lo mueven sino que, por el contrario, agudizan esas contradicciones aún más, exacerbando la violencia y la rapiña y anunciando tan sólo catástrofes. A medida que se reducen los espacios aún no conquistados, más en riesgo entra como sistema. El capitalismo, como toda totalidad, sólo existe gracias a la existencia de un exterior. Era 1913 y Luxemburg no se equivocaría. Luego agrega, en lo que podría ser una respuesta anticipada a Hardt y Negri, pero también a todos los que aún creen en la posibilidad de una globalización capitalista con rostro humano, capaz de promover, aunque sea como un dispositivo de contención, la democracia representativa y los derechos humanos:

Classical economics, in its period of storm and stress, had had high hopes of a peaceful development of the accumulation of capital and of a trade and industry which can only prosper in times of peace, evolving the orthodox Manchester ideology of the harmony of interests among the world's commercial nations on the one hand, and between capital and labour on the other. These hopes were apparently justified in Europe by the short period of Free Trade in the sixties and seventies, *which was based upon the mistaken doctrine of the English Free Traders that the only theoretical and practical condition for the accumulation of capital is commodity exchange, that the two are identical.* [Luxemburg 2003, 427; my italics]

Lo cual nos trae una vez más a las preguntas iniciales: ¿la doctrina Bush contradice la doctrina Clinton?, ¿el retorno a las prácticas imperialistas de viejo tipo de Bush va contra la formación del Imperio?, ¿el resurgimiento del nacionalismo es un tropiezo transitorio?, ¿el recurso a la dominación abierta descalabra el consenso hegemónico?, ¿la imposición militar desplaza a las leyes del mercado?

## **Para abrir el debate**

Como para desbaratar todas las teorías sobre la globalización y confundir aún más el mazo de barajas posmoderno, un presidente cuya elección está empañada por el fraude, representante de los sectores más rancios del complejo industrial militar norteamericano y embanderado en el programa más conservador del fundamentalismo cristiano, lleva a cabo la más radical centralización de poder federal en la historia del país, implementa un aparato de vigilancia y represión policial y judicial de corte totalitario y promueve una política internacional beligerante y providencialista, todo al servicio del mismo régimen de acumulación flexible y del modo de regulación neoliberal que articulara su antecesor. No importa de qué lado se analicen los cambios geopolíticos de estos últimos dos años, qué duda cabe que revelan la sustitución de una frágil hegemonía por un régimen de dominación abiertamente belicista que busca subsumir todas las sociedades, someter todos los países e incorporar todos los mercados a las redes globales del capital amparadas por la pax americana, una paz trascendente impuesta a la fuerza [ver Hardt y Negri 2000, 167]. ¿Imperialismo o imperio? Una pax americana justificada en la defensa prioritaria de “the United States, the American people, and our interests at home and abroad”, basada “on a distinctly American internationalism that reflects the union of our values and our national interests”, y motivada por la exigencia moral de defender nuestra civilización, lo que determina que la nuestra sea una causa justa [Bush 2002, 6, 1, 15-6]. Una pax americana que responde finalmente a la reconfiguración geopolítica provocada por la globalización, identificando, por fin, los enemigos tan deseados (el afuera y los otros necesarios para la reproducción de la totalidad) cuya peligrosidad reside precisamente en no ceñirse a las normativas del estado moderno:

It has taken almost a decade for us to comprehend the true nature of this new threat. Given the goals of rogue states and terrorists, the United States can no longer solely rely on a reactive posture as we have in the past [...] We cannot let our enemies strike first [...] Traditional concepts of deterrence will not work against a terrorist enemy whose avowed tactics are wanton destruction and the targeting of innocents; whose so-called soldiers seek martyrdom in death and whose most potent protection is statelessness [Bush 2002, 15].

Una pax americana elevada en doctrina, que revoluciona el derecho internacional erigido precisamente sobre el canon jurídico romano, incorporando nociones tales como: a) la del derecho a atacar preventivamente a b) un enemigo no identificado y no identificable en c) una guerra indefinida y permanente:

Legal scholars and international jurists often conditioned the legitimacy of preemption on the existence of an imminent threat –most often a visible mobilization of armies, navies, and air forces preparing to attack. We must adapt the concept of imminent threat to the capabilities and objectives of today’s adversaries. The United States has long maintained the option of preemptive actions to counter a sufficient threat to our national security [...] even if uncertainty remains as to the time and place of the enemy’s attack. To forestall or prevent such hostile acts by our adversaries, the United States will, if necessary, act preemptively [Bush 2002, 15].

En apariencia, la doctrina Bush contradice los principios del régimen de producción y acumulación flexible de la globalización y los intereses del gran capital transnacional, es decir, la incorporación consensual a las redes del Imperio. Sin embargo, la estrategia de dominación geopolítica está puesta al servicio del programa más ortodoxo de globalización neoliberal, tema del capítulo “Ignite a New Era of Global Economic Growth through Free Markets and Free Trade”: “The lessons of history are clear: market economies, not command-and-control economies with the heavy hand of government, are the best way to promote prosperity and reduce poverty”, y esto es así porque “*the concept of ‘free trade’ arose as a moral principle even before it became a pillar of economics. If you can make something that others value, you should be able to sell it to them. If others make something that you value, you should be able to buy it. This is real freedom, the freedom for a person –or a nation- to make a living*” [Bush 2002, 18;

my italics]. Con el solo fin de promover la más amplia libertad de comercio, la estrategia comprende, entre otros puntos:

- Mantener la iniciativa en la Organización Mundial de Comercio;
- Presionar para la firma de acuerdos regionales, especialmente el ALCA;
- Adelantar acuerdos bilaterales como estrategia complementaria a lo anterior (esto ha resultado clave luego del fracaso de las discusiones en la OMC y para el ALCA; parecería que la estrategia actual para América Latina del régimen Bush consiste en dividir y aislar a quienes resisten al ALCA, en concreto Brasil, Argentina y Venezuela, mediante la firma de tratados bilaterales con los países proclives);
- Incrementar la eficiencia del Banco Mundial y ampliar las funciones del FMI en sus funciones de contralor del crédito a los países pobres;
- Abrir todas las sociedades al comercio y la inversión de capital.

Pero para sostener mundialmente el sistema y hacerlo funcionar el capital necesita siempre de un gendarme, un policía, un administrador que imponga y regule las nada naturales y siempre políticas leyes del mercado. El gran capital transnacional requiere, para la implementación del régimen de acumulación flexible y global, de un aparato político-militar que le sirva de garante y de referee. Esa es la función que cumple el gobierno y las fuerzas armadas de los Estados Unidos. ¿Quién más podría hacerlo? Indudablemente hay conflictos entre el capital transnacional y diversos sectores capitalistas, ya sea norteamericanos, europeos, asiáticos, etc., pero no son las divergencias mayores que las convergencias. ¿Sería apropiado deducir, entonces, que el complejo industrial militar norteamericano, por ejemplo, responde más a intereses “nacionales” que la gran banca transnacional o los inversionistas de Wall Street o las transnacionales energéticas, como Enron? ¿No sería más acertado decir que el complejo

industrial militar norteamericano se aprovecha del estado norteamericano para extraer los impuestos con los cuales el ciudadano norteamericano financia el aparato militar que sostiene el régimen capitalista mundial? ¿Imperialismo o Imperio?

¿Qué duda cabe que hace tiempo pasó la época de los imperialismos clásicos de índole colonialista, basados en la ocupación permanente y el dominio político directo de pueblos y territorios? ¿Qué hay de novedad en el poder Imperial republicano que se expande e incorpora sin anexar ni destruir, y que en América Latina, donde los efectos de la doctrina Monroe se hacen sentir desde principios del siglo XIX, hemos conocido desde hace mucho tiempo como neocolonialismo? Claro está, el neocolonialismo también se adapta a los nuevos tiempos, a la nueva cartografía mundial, a la nueva distribución geopolítica de fuerzas, a las profundas transformaciones en el régimen de acumulación y en el modo de producción capitalista, condiciones todas de un nuevo tipo de neocolonialismo, de un imperialismo flexible, si se quiere. Y si es erróneo confundir al gendarme del sistema con el sistema mismo, existe entre ambos una relación simbiótica que determina que la fortaleza de uno dependa, en esta coyuntura histórica, de la fortaleza del otro. En todo caso, el Imperio habla siempre en nombre y desde el lugar de la nación, e incluso cuando se abroga el derecho de hablar por la seguridad global se refiere a “la comunidad internacional”, incluyendo entre los nuevos amigos a viejos enemigos, como Rusia y China, que finalmente parecen haber aceptado “nuestros” valores y descubierto que “economic freedom is the only source of national wealth”, aunque, por las dudas, “We are attentive to the posible renewal of old patterns of great power competition. Several potential great powers are now in the midst of internal transition –most importantly Russia, India, and China” [Bush 2000, 26]. Esta última precisamente pasó de ser un “strategic partner” en la era Clinton, a un “strategic rival”. ¿Imperio o imperialismo?

---

## Nota

<sup>1</sup> Estas notas se originaron en ocasión de una mesa redonda organizada para el congreso LASA 2003, reunido en Dallas en Marzo de 2003.

## Obras citadas

- Amin, Samir. "Confronting the Empire" *Al-Ahram Weekly* 627 (2003).  
<http://weekly.ahram.org.eg/2003/627/sc12.htm>
- Armstrong, David. "Dick Cheney's Song of America. Drafting a Plan for Global Dominance" *Harper's Magazine* (October 2002): 76/83.
- Aronowitz, Stanley. "Global Capital and Its Opponents", en Aronowitz y Gautney, *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*, 179-196.
- Aronowitz, Stanley y Heather Gautney, eds. *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*. New York: Basic Books, 2003.
- Barnett, Thomas P.M. "The Pentagon's New Map. It explains why we're going to war, and why we'll keep going to war." *Esquire*. March 2003. <http://www.nwc.navy.mil/newrulesets/ThePentagonsNewMap.htm>
- Bush, George W. *The Nacional Security Strategy of the United States of America*. Washington, D.C.: The White House, 2002.
- Bussolini, Jeffery. "The Wen Ho Lee Affair: Between Race and National Security", en Aronowitz y Gautney, *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*, 15-30.
- Chossudovsky, Michel. *The Globalisation of Poverty. Impacts of IMF and World Bank Reforms*. London/New Jersey: Zed Books; Penang: Third World Network, 1997.
- Golub, Philip S. "United States: inventing demons" *Le Monde Diplomatique* (March 17, 2003)
- Harding, James. "Globalization's Childeren Strike Back" *Financial Times* (September 11, 2001)
- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000.
- Harris, Paul. "¿Qué pasaría si de repente la OPEP se cambia al euro?"  
[http://www.soberania.info/Articulos/articulo\\_055.htm](http://www.soberania.info/Articulos/articulo_055.htm) (28-2-2003)
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *The Philosophy of History*. New York: Dover Publications, 1956.
- Indy Media. "Bush, War and the Euro Dollar"  
[http://www.indymedia.org/front.php3?article\\_id=231238&group=webcast](http://www.indymedia.org/front.php3?article_id=231238&group=webcast) (2003)
- Longley, Clifford. *Chosen People: The Big Idea that Shaped England and America*. London: Hodder and Stoughton, 2002.
- Luxemburg, Rosa. *The Accumulation of Capital*. London: Routledge, 2003.
- McDaniel Stewart, Joseph. *Empire*. <http://www.newwartimes.com/empire.html#com> (01-14-03)
- Marable, Manning. "9/11: Racism in a Time of Terror", en Aronowitz y Gautney, *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*, 3-14.
- Negri, Antonio y Danilo Zolo. "El Imperio y la Multitud. Un diálogo sobre el Nuevo orden de la Globalización". *Da Reset* (Octubre 2002) *Rebelión* (Febrero 2003)
- Office of Homeland Security. *National Strategy for Homeland Security*. (July 2002)
- Project for the New American Century (PNAC). "Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century," <http://www.newamericancentury.org/publicationsreports.htm> (September 2000)
- Ratner, Michael. "Making Us Less Free: War on Terrorism or War on Liberty?", en Aronowitz y Gautney, *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*, 31-46.
- Robin, Corey. "Fear, American Style: Civil Liberty After 9/11", en Aronowitz y Gautney, *Implicating Empire. Globalization and Resistance in the 21<sup>st</sup> Century World Order*, 47-64.
- Stiglitz, Joseph E. *Globalization and its Discontents*. New York/London: W.W. Norton & Co., 2002.
- Trigo, Abril. "Fronteras de la epistemología: epistemologías de la frontera," *Papeles de Montevideo* 1 (1997): 71-89.  
———. "A 2 sided coin? Globalization from the cultural perspective."  
<http://www.globalresearch.ca/articles/TRI310A.html> (2003)
- Yarjani, Javad. "The Choice of Currency for the Denomination of the Oil Bill" (April 14, 2002)  
<http://www.opec.org/NewsInfo/Speeches/sp2002/spAraqueSpainApr14.htm>